

El problema no está en el Contenido, sino en el Método

Ante la nueva programación para la enseñanza de la Religión en el Ciclo Inicial (5 a 7 años) muchos de entre nosotros pueden quedarse perplejos. Pueden preguntarse por la real novedad del programa, por los temas que deben tocarse, por su relación con lo de hasta ahora...

Pues bien. Desde esta primera página declaramos nuestro modo de dar respuesta a esa perplejidad: creemos que la posible novedad del asunto está en la necesidad de rehacer nuestro método, más que en la de rehacer la sucesión de los temas o contenidos.

Razonándolo:

- *el contenido de la nueva programación es suficientemente general o introductorio como para que se deba estar de acuerdo con él, como tierra conocida y lógica o natural; y es también lo suficientemente amplio o abarcador como para que su síntesis sea imposible, a menos de limitarse a reproducirlo en su propia concisión;*
- *el programa en cuestión, creemos, habla más de intención, de talante, tono, color... que de contenidos en un sentido bien específico. Basta considerar sus enunciados: «Dios Padre nos llama a descubrir la vida»; «Jesús quiere que los hombres vivan como hermanos» ... Se trata de fórmulas para vivirse, no para explicarse;*
- *si, por otro lado, colocamos la capacidad analítica o abstracta de sus destinatarios junto a la naturaleza básicamente misteriosa o in-*

comprensible de lo religioso, nos encontraremos de nuevo con la misma conclusión: son temas más para esparcirlos por todo el horario escolar que para examinarlos en una porción del mismo.

El «problema», en este caso « el lado interesante o retador del asunto», está en cómo hacerlo. Cómo hacer un «momento de religión» que tiña todo el resto del trabajo escolar; cómo hacer una presentación de lo religioso que prepare al niño para la actividad ya más analítica, de examen de temas, exigida por los cursos posteriores; cómo convertir las fórmulas teóricas en actividades de interiorización, a través de las cuales la doctrina resulte más asumida que explicada.

Por eso decimos que el problema no está en el contenido, sino en el método.

* * *

Que esto es así, debe resultar evidente a quien conozca un poco de cerca la situación del Ciclo Inicial y perciba a la vez el alma de la nueva programación.

No hablaremos ahora de ello; y sí, en cambio, de tres temas derivados de este modo de plantear la cuestión. Tal vez no hagamos con ello más que ampliar las cuestiones que nos asaltan en este asunto. Pero pensamos que con esta ampliación o pormenorización de interrogantes, si bien no se da todavía la solución global, se ayuda en su aproximación. Pregúntese con nosotros quien nos lea, considere nuestras respuestas y olvidelas luego, para buscar las suyas.

* * *

Primera derivación de este modo de comprender las cosas: ¿quién ha de hacer este programa?, ¿no es evidente que lo sea el maestro, el titular del aula, mucho más tutor que profesor, en este nivel?

Cualquiera comprende que en una situación típica de globalización es casi una herejía pedagógica la presencia de varios maestros en el aula. Es difícil de comprender, en términos teóricos o de pureza lógica, la adjudicación de este tema a un segundo maestro. Como lo es también el infantil recurso de tantos casos a la libertad de conciencia del maestro para excusarse de enseñar el área de religión: debemos decir de muchas situaciones que en ellas se enmascara la inmadurez, el descompromiso, la trivialización de lo científico... bajo el recurso al «carácter especial» de esta enseñanza.

No entramos en el peliagudo tema de si el derecho del alumno a tal enseñanza exige que en la escuela nacional entre un segundo elemento docente. Lo recordamos, sin embargo, para expresar una aventuración: lo artificial

del sistema es tal vez la mejor garantía de que no puede durar, de que acabaremos pidiendo un sueldo del Estado para quien haga tal enseñanza, pero fuera de la escuela.

(No es tan aventurada la suposición. Proviene de la misma fuente que esta otra, tan limpiamente asumida en nuestra sociedad: derecho a la educación religiosa significa que haya clase de religión. Pensemos, por ejemplo: ¿desaparece lo religioso de la escuela y de la educación del niño si no hay tal clase de religión?; ¿por qué el indiscutido derecho debe satisfacerse con la clase de religión en la escuela y no, en cambio, fuera de ella? Posiblemente no tardemos mucho en oír tales preguntas en instancias oficiales, de Ministerio.)

No. Lo que nosotros pretendemos afirmar es que a nuestros maestros debe facilitárseles una programación de metodología más que de contenidos.

Si el planteamiento de lo religioso es «subsidiario» —preparado, acogido, exigido tal vez— de lo humano, necesitamos presentar al maestro una programación de lo religioso a partir de las situaciones de globalización, a las que se supone dedica todo su trabajo. Debemos esperar de las directrices episcopales no la simple e incolora sugerencia de que tal relación se tenga en cuenta, sino algo más. Sin ese algo más, dan la impresión de que ellas mismas no se la toman en serio: proponen un camino contrario al que, de hecho, siguen.

Una programación de contenido ahuyenta al maestro. Tal vez no lo haga otra de actividades.

Estará siempre de por medio su honradez, la exigencia de no proyectar sobre los niños su propia duda, manteniendo, en cambio, la limpieza de una presentación objetiva del Evangelio. No se le pide testimonio creyente, sino un respeto a la posible fe ajena.

Aquí, de Freinet:

«Enseñad a vuestros niños a apreciar y practicar ante todo la sinceridad. Sed sinceros vosotros mismos. Evitad el atajo, fácil y superficial, de la antirreligión y del anticlericalismo. Si creéis, afirmad vuestra creencia. Si no creéis, examinad muy lealmente las soluciones posibles a los graves problemas que bien temprano se plantean al espíritu del niño. Hablad con el mayor respeto del ideal que vuestros hijos tendrán un día que abordar más positivamente y servirlo tal vez hasta el sacrificio.»

Pues bien. ¿Qué es mejor: la presentación clara de lo religioso por parte de un maestro tal vez no creyente, o la yuxtaposición de una segunda persona?

Si se objeta que anda por ahí más de un maestro antirreligioso —cosa real, desde luego—, ¿no deberíamos caer en la cuenta de que tal maestro puede

a continuación desmenuzar lo hecho por el anterior?; ¿no es más razonable exigir su expulsión de tal escuela por manipulación ideológica de sus alumnos, por cometer un delito constitucional?

No tiene derecho a estar en la escuela quien haga mofa de la religión no tratándola con la debida objetividad, científica o descomprometida.

¿Qué es mejor: una segunda persona en la escuela o sacar la clase de religión de esa escuela?

¿Puede haber una programación que abra otra alternativa?

* * *

Segunda derivación de nuestro enunciado: la presentación de lo religioso debe hacerse en forma tal que conduzca a la oración.

Sí. Aunque suene a contradicción con el anterior tema de la objetividad, científica o descomprometida.

(La escuela no es el lugar específico de la oración expresa. Tal lugar es el templo: el de piedra o el del interior silencioso del creyente. Pero la escuela puede ser lugar de oración, incluso expresa. Puede serlo porque en su seno se constituye, de hecho, siempre una cierta comunidad, que entre creyentes puede expresarse como comunidad orante.)

En realidad, bajo este tema se encierra algo tan básico como la naturaleza vivida del hablar cristiano: la palabra sobre Dios es palabra sobre nuestra relación con Dios. Por tanto, la palabra sobre Dios que presentemos en la escuela deberá recibirse, a su vez, no sólo como una invitación a la oración, sino como necesitada de ella para su completa comprensión o asunción. Necesitamos, así, que el alumno vaya percibiendo que Dios no es «él», sino «tú».

Tal vez formular así las cosas pueda hacer pensar a más de uno justamente en lo contrario de lo que pretendemos: ¿tal planteamiento no exigiría, ya definitivamente, el alejamiento de la clase de religión respecto de la escuela?; presentar así lo cristiano no sería la definición justa de un saber manipulador, de una imposición ideológica, de una violación a la capacidad personal de decisión?

Pues bien, no.

Si algo no es manipulador de conciencias, ese algo es la oración. Una relación personal nunca manipula: fecunda. Manipula, en cambio, la presentación presuntamente neutral o abstracta de cualquier saber: va haciendo que el receptor se imagine libre en su fuero interno o en su vida privada, aislado en su intimidad respecto de un saber «frío» o exterior. La presentación de un saber descomprometido, primero, es imposible porque todo saber supone una visión de la vida y ésta nunca lo es; y, segundo, es engañosa porque lleva a equipa-

rar la vida con lo que podemos saber sobre ella, reduciéndola a los límites de nuestras cabezas...

No se trata de convertir el aula en capilla. Se trata de hacer ver que, sin la capilla, el aula de religión es incompleta, incomprensible. Y de respetar siempre el principio de que la oración está más allá de todos los decretos y todas las evaluaciones.

Habría que apuntar, en el fondo: ¿es que puede llamarse ciencia y educación a un planteamiento del saber tan «científico» que haga innecesaria la relación personal con las situaciones y los hombres donde se vive tal saber? Pedir tal relación para lo religioso ¿es pedir un plus inadmisibile o es recordar un inadmisibile olvido de las demás ciencias? ¿No consiste precisamente la manipulación ideológica en el vaciamiento de la ciencia de toda implicación personal con lo cual el futuro ciudadano será del todo manejable tras el supuesto carisma de los líderes del momento, carisma supuestamente liberador y realmente ocultador de la estructura económica de la sociedad?

* * *

La tercera derivación de nuestro enunciado apunta al lugar que ocupa la Sagrada Escritura en nuestras programaciones.

Veamos. Al hablar de intención más que de contenidos, o de contenidos hechos intención y método, apuntamos a la relatividad o a la transitoriedad de los programas mismos. Sus formulaciones van obedeciendo a la mayor o menor sonoridad de las palabras de cada época respecto de lo cristiano. Por eso pasan y deben reformularse a cada momento. Decimos que cuenta su intención, su contenido buscador e inexpressable más que su contenido expresado.

Lo que se mantiene, en cambio, es el punto de referencia original: la manifestación de Jesús en el Evangelio y la lectura de toda la Sagrada Escritura que se deriva de tal manifestación.

No. No nos estamos refiriendo a un nuevo descubrimiento del Mediterráneo: la Biblia por encima de todo, que la Tradición es fugaz por inestable. Por descontado, entendemos que la Biblia es nada sin ser vivida por los hombres de hoy y de todos los tiempos, y llamamos Tradición a esa vivencia. Entendemos que tal Tradición vivida se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que necesitamos escribir este editorial y hacer las programaciones del CI.

Nos estamos refiriendo a que nuestros alumnos pueden pasar años de catequesis y desconocer el Sermón del Monte o carecer de aguante para leer la Carta de los Gálatas. Y, sin embargo, es en ellos donde se contiene la

«suma» de nuestra palabra cristiana. No en el más actualizado de nuestros programas.

Que lo básico esté en el método y no en el contenido nos lleva a comprender cómo la clase de religión debería consistir en dos momentos: uno, largo, previo, más implícito que expreso, para preparar desde todo el hacer escolar la presentación del texto sagrado; y otro, final, breve, silencioso, entre comprensivo y orante, de contemplación del texto sagrado.

Ahora, Koestler:

«Si deseamos reencontrar nuestra mitad perdida, necesitamos no temer que nuestro objetivo sea una época en la que se enseñe la contemplación en las escuelas..., no para hacer iluminados, sino para devolver al hombre su integridad.»

También respecto de este tema hay mucho que esperar de las futuras programaciones. Deberían consistir en un esquema para el maestro, donde vayan en relación nuestro ir buscando por la vida y la propuesta evangélica —no tanto cultural teológica— a esa búsqueda.

Que en esto de la religión estamos pasando ampliamente del margen razonable permitido para la circulación de palabras abstractas. La vida cristiana sabe bastante poco de escatología, carisma, desierto, incluso bastante poco de sacramento, como para que nosotros hagamos consistir nuestras clases de religión en un criadero de palabras inútiles. Empirismo y seriedad en lo religioso no significan invitación a programar solemnemente, sino a buscar silencios tras las palabras habituales.

En este trabajo, nada como la guía del Evangelio, bien sonoramente presente.

* * *

Son tres cuestiones para abrir un número de *Sinite*, con más aspecto experimental que de ordinario. Nos hemos planteado una pregunta —por la realidad de la nueva programación en el CI— y nos contestamos ampliando el alcance de tal cuestión. Proponiéndole algún estilo de respuestas, desde luego, también. Pero más como invitación a probar que como afirmación contrastada.

Hemos incluido en este número:

- dos breves artículos de planteamiento general: sobre la «situación interior» del niño del CI y sobre la clave para interpretar el conjunto de la respuesta evangélica a nuestro ir buscando por la vida. Son dos textos «legibles» y concretos, presentes en cada una de las páginas que sigan;

- dos tipos de programación del tema religioso en el CI:

el uno, convencional, desarrolla los temas del programa traslándolos como una asignatura de la que hay que responder, y le propone para ello más una procesión de ejercicios concretos que un discurso organizado en contenidos y objetivos;

el segundo tipo de programación pretende llevar a su extremo lógico la indicación de globalizar o incluir o referir el tema religioso al conjunto de los saberes de la escuela: lo presentamos convencidos de su originalidad y de su posibilidad, en la actitud de «a ver qué pasa» si alguien se decide a pensárselo y ponerlo por obra.

* * *

Y, por debajo de todo, un tema que nos resulta entrañable en el Instituto San Pío X: decirnos a nosotros mismos y a quien quiera oírnos hasta qué punto se puede hacer algo de cristiano en la escuela, hasta qué punto podemos hablar en ella de educación de la fe.

Creemos que la respuesta a esta pregunta exige comenzar no resignándose miopemente con la realidad escolar que, de hecho, conocemos.

Que las cosas estén como están no significa que sean como pueden. Según van llegando a ser lo que pueden, nos encontramos con que las miramos de otro modo. Tal vez con mayor respeto y realismo. Ahí vamos.

No entramos ahora en la polémica sobre Catequesis y Enseñanza religiosa. Apuntamos al mejoramiento metodológico de nuestra escuela. Conseguirlo, siquiera un poco, nos hará tomar la polémica de otro modo.